

que formaron la grandeza de estos habían ya desaparecido mucho tiempo hacía.

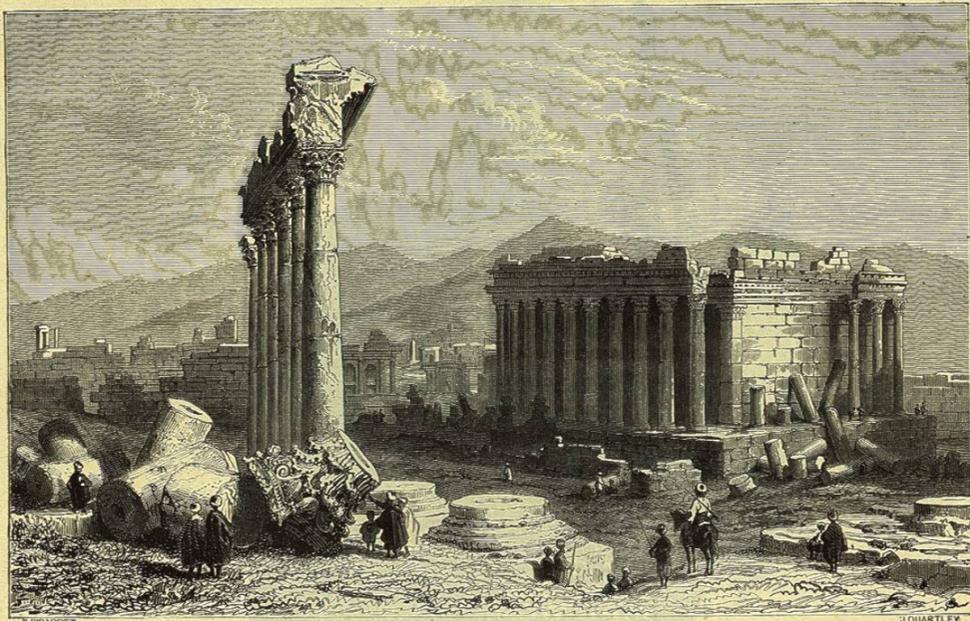
Cuando la conquista de Siria estuvo del todo terminada, Omar regresó á Medina, organizó su nuevo imperio, y dejó á sus generales el cuidado de extender sus conquistas. Tales y tantas eran las riquezas tomadas á los Griegos y á los Persas, que hizo distribuir á sus compañeros pensiones anuales que variaban entre mil y

cinco mil dirrhems, según los años de servicio de cada uno.

III

CIVILIZACIÓN DE SIRIA, BAJO EL DOMINIO DE LOS ÁRABES

Una vez gobernada por los Arabes, la Siria volvió á tener una prosperidad de que careciera



Las ruinas de Balbeck

desde mucho tiempo; llegando á ser bajo los Ommíadas y los Abbasidas uno de los países donde la civilización alcanzó más alto punto. Los nuevos señores trataban á los vencidos muy equitativamente, dejándoles la más completa libertad religiosa; á favor de cuya benevolencia, los obispos griegos y latinos disfrutaban de una paz que antes no habían tenido; todas las grandes ciudades de Siria, como Jerusalén, Tiro, Sidón, y Damasco, volvieron luego á ser florecientes, y la industria y la agricultura prosperaron en gran manera.

La Siria ha sido siempre una de las tierras más fecundas del mundo, mientras los hombres no la han assolado. Antiguamente los campos producían allí, casi sin cultivo, trigo, algodón, cebada, arroz, morales, olivos, naranjos y limoneros, viéndose al mismo tiempo cubiertas las montañas del Líbano de los árboles más preciosos, como plátanos, encinas, sicomoros etc.; en

términos que sin los hombres este antiguo foco de tantas luchas sería un verdadero paraíso terrenal, justificando su título de «tierra prometida» de los hebreos. Era un país maravilloso, donde al decir de un poeta árabe, «cada montaña tiene el invierno en la cabeza, la primavera en los hombros y el otoño en su seno, mientras el verano duerme negligentemente en su falda.»

Las pruebas del estado de civilización de Siria en tiempo de los Arabes están basadas en los relatos de los escritores y en aquellos monumentos que todavía subsisten.

Las relaciones de los historiadores demuestran que así que la conquista terminó, la civilización tomó rápido vuelo, y los Arabes se apasionaron en seguida tanto por los escritores griegos y latinos, como lo estaban ya por las batallas. Multiplicaron las escuelas en todas partes; y no tardaron en pasar de discípulos á

maestros, cultivando brillantemente las ciencias, la poesía y las bellas artes.

Continuó la prosperidad de Siria hasta que empezaron las divisiones que desmoronaron el imperio de los califas. Pero aunque entonces comenzó á decaer, no llegó á perderse del todo sino cuando la comarca cayó en manos del Turco. Entonces la ruina fué completa; y la mayor parte de las maravillas del lujo, de las artes y de la industria, que los Arabes acumularan, desapareció; antiguas metrópolis, como Tiro y Sidón, quedaron reducidas á miserables aldeas; las montañas perdieron su arbolado y sus plantíos; las campiñas, antes tan pobladas, quedaron desiertas; y en estos lugares, que fueron tan fértiles, la yerba no ha brotado más desde que la mano de los Turcos ha pesado sobre ellos. «En vano, escribe Mr. David en su historia de la Siria, la civilización de los califas había acumulado en dos siglos tantas maravillas como los Griegos y Romanos: una arquitectura deliciosa, un lujo deslumbrador, una lengua pintoresca, una gramática de lógica perfecta, una poesía de elocuencia magistral: en vano Damasco templaba sus aceros más finos, en vano Alepo hilaba sus sedas más brillantes; en vano el Horán veía cómo sus colinas recobraban sus adornos, sus árboles, sus frutos de oro, su población, y su industriosa actividad; pues las hordas caucásicas, más ignorantes, más feroces, más avidas que todos los antiguos conquistadores, incendiaron sin remordimiento los monumentos del arte y de la ciencia, destruyeron las fábricas, degollaron á los trabajadores, y pulverizaron lo que no podían llevarse.»

Hoy en día la Siria no es otra cosa que una tierra desolada y estéril; cuya excesiva falta de vegetación me sorprendió vivamente al visitar el país. Diríase que esa tierra, en otros tiempos tan fértil, ha llegado á ser tan pobre, que ni capaz es de producir algunas yerbas. He recorrido ese largo camino que va de Beyruth á Damasco, sin hallar indicios de vegetación sino á las puertas mismas de las ciudades. El Líbano y Ante-Líbano no son más que masas de rocas absolutamente peladas; y á las mismas puertas de Jerusalén la desolación no es menos grande: en todas partes piedras y rocas; en ninguna, yerba (1).

(1) El estado miserable de la Siria procede de diferentes causas, entre las cuales debe ponerse en primer término la sequedad que han producido las talas de bosques, las rapiñas de los beduinos y sobre todo las exacciones de los bajás. Sabiendo los labradores que les robarán la más ligera ganancia que hagan, renuncian á toda labor. Pero algunos capitales, protegidos por una administración no más que medianamente

IV

MONUMENTOS DEJADOS POR LOS ÁRABES EN SIRIA

Aunque no sean estos numerosos, como son antiguos, y muy notables, su estudio es interesantísimo.

Hemos demostrado que antes de Mahoma, poseían ciudades importantes, y que el famoso templo de la Meca, donde figuraban más de trescientas estatuas de dioses, era muy anterior al islamismo. Ignoramos por desgracia lo que venía á ser esta arquitectura; pues la mezquita de la Meca, que es el único monumento importante actualmente conocido, de la antigua Arabia, ha sido tan restaurado, que sería difícil calcular lo que antes era; siendo lo único que probablemente cabe indicar, que se respetó su primitiva disposición.

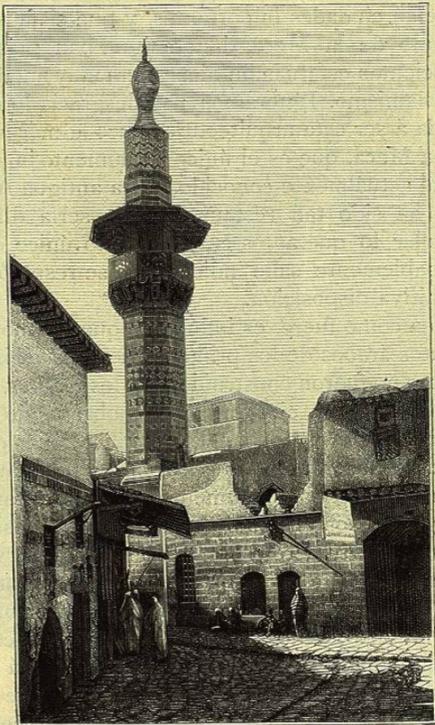
Sea como fuere, es indudable que los monumentos árabes de los primeros tiempos del islamismo no fueron construidos por los Arabes, los cuales hicieron ejecutar por los obreros de los países donde mandaban, las modificaciones que primero hicieron en las iglesias para adaptarlas á su culto, y los monumentos que levantaron luego con los restos de estas mismas iglesias. Los Arabes tuvieron sobre todo lugar de servirse en Siria de los trabajadores persas y bizantinos, mientras que ellos mismos se instruían.

En efecto, en los primeros tiempos de la conquista hallábanse los Arabes, con respeto á los arquitectos extranjeros, en la situación de un rico particular que hace construir á su costa una obra cualquiera; en cuyo caso, sea cual fuere el arquitecto empleado, el edificio llevará las huellas del gusto de su propietario. Los arquitectos bizantinos debieron naturalmente seguir el gusto de los Arabes; y desde los primeros monumentos que construyeron, la influencia

honrada, harían de esta región una Siria tan productora como las más ricas comarcas de Europa. El trigo, el moral y el olivo prosperan admirablemente, y casi sin cultivo; pues para dar una idea de lo que la tierra podría producir citaré el caso siguiente, que supe en aquellos mismos puntos. Unos cuarenta años atrás ciertos industriales tuvieron la idea de emprender en Jafa y Sidón varias explotaciones de naranjos, y hoy día son estos una de las riquezas del país. Jafa posee cerca de 350 huertos, que contienen de 2 á 3,000 naranjos cada uno; el precio de cada huerto es de 40 á 50,000 francos; y su renta varía entre 4 y 5,000 francos anuales. Las naranjas, que son de un tamaño enorme, se exportan á Turquía, Egipto y Europa, siendo su precio en venta de 40 francos el millar. Nada demostrará mejor la extensión que podría tener esta industria que lo siguiente: las tierras aptas para el cultivo del naranjo, pero aun no plantadas, valen 12,000 francos el acre en las cercanías de Jafa, y tan sólo algunos francos á dos ó tres horas de la ciudad. Con unos trabajos de riego sencillísimos, muy fáciles de practicar habiendo el agua de Aujé, serían aptas para el mismo plantío tierras que hoy están abandonadas.

del genio árabe se reveló en ellos claramente. Libre luego de inspiraciones extranjeras, la plástica árabe adoptó formas tan especiales, que fué imposible confundirla con otras, pues aunque los detalles de la ornamentación sean bizantinos, persas, ó indus, el conjunto del monumento tiene siempre el sello árabe.

Examinemos ahora algunos de los monumen-



Una calle de Damasco. — De fotografía

tos más importantes dejados por los Arabes en Siria.

Mezquita de Omar.—La célebre mezquita de Omar, en Jerusalén, es para los mahometanos el lugar más sagrado de la tierra, después de la Meca y Medina; y hasta estos últimos años, ningún Europeo podía entrar en ella bajo pena de la vida. Fué este uno de los monumentos que más sorprendieron á los cruzados al entrar en Jerusalén; y como lo tomaron por el templo de Salomón restaurado, su reputación llegó á ser tan grande en Europa, que se edificaron muchas iglesias tomando por modelo dicha mezquita, la cual es quizá el único monumento sagrado para los mahometanos, á la vez que para los judíos y los cristianos.

La mezquita de Omar está edificada en el

antiguo sitio del célebre templo de Salomón, reedificado por Herodes, y cuyo esplendor pudo Tito contemplar un momento, mientras procuraba librarlo de las llamas. Encima de la roca sagrada, que hoy cobija dicha mezquita, fué donde Abraham, según la tradición, se preparaba para sacrificar á su hijo obedeciendo al Señor. Pocos lugares del mundo reúnen pues tantos recuerdos, y quizá ninguno ha llegado á ver tantos cultos diferentes. Allí adoró Salomón al poderoso Dios de los judíos; allí los Romanos veneraron al gran Júpiter, rey de los dioses y de los hombres; allí colocaron los cruzados la imagen de Cristo; y allí adoran hoy en día los discípulos del Corán al dios, cuyo profeta fué Mahoma.

Pero la mezquita de Omar no es tan sólo interesante por los recuerdos que evoca; sino también por ser una de las obras de arte más notables, y sin la menor duda el monumento más sorprendente de toda la Palestina.

Hállase situada en una grande explanada de cerca 500 metros de longitud, cuya superficie ocupa casi la cuarta parte de Jerusalén, y está rodeada de una cerca llamada por los Arabes *Haram ech cherif*, que contiene muchas construcciones importantes, particularmente la mezquita el Aksa.

Los estudios de la arqueología moderna han probado con claridad que la superficie del Harám está formada por la cúspide del monte Moriah, que Salomón hizo nivelar y prolongar por medio de terraplenes, con objeto de edificar su templo. Los reyes de Judá, y particularmente Herodes, agrandaron varias veces esta cerca. La roca sagrada, que se halla en el centro de la mezquita, es probablemente la misma punta del monte Moriah, que Salomón respetó al hacer sus nivelaciones.

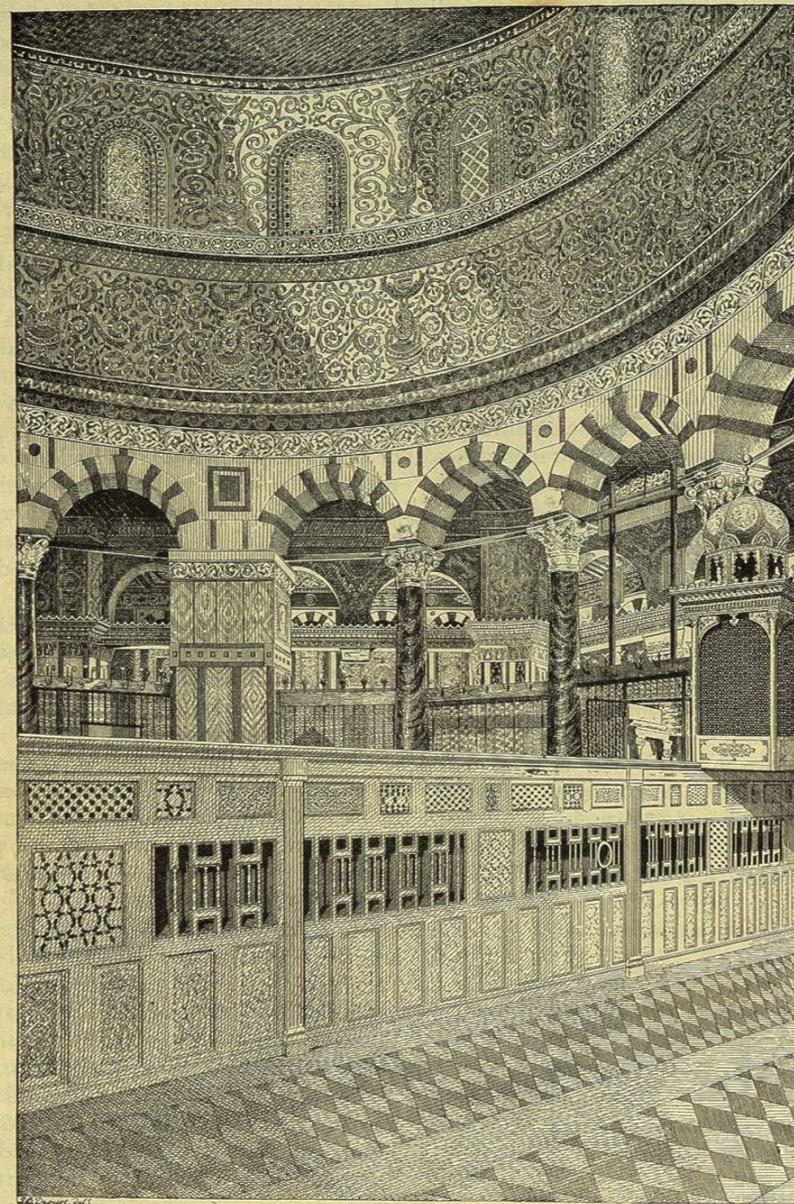
La mezquita de Omar descansa en una plataforma rectangular de mármol, que se eleva á tres metros sobre el nivel del Harám, y ocupa precisamente el mismo sitio del templo de Israel. Se llega á ella por escaleras de pocos peldaños, guarnecidas de arcadas ojivales, que están sostenidas por unas columnas de mármol que producen muy buen efecto.

Toda la plataforma del Harám está salpicada de pequeñas construcciones, como púlpitos, donde predicar, nichos para orar, siendo algunas de ellas muy curiosas.

En Europa se da generalmente el nombre de mezquita de Omar á este monumento; pero es notorio error, porque ni es mezquita, ni fué construido por Omar, cuyo califa permaneció,

muy poco en Jerusalén, y se limitó á señalar el sitio donde quería que se edificase el templo. Según los estudios de Mr. Vogué, su cons-

trucción remonta al año 72 de la hégira (691 de J. C.), fecha muy posterior á Omar. Los Arabes no la designan sino con el nombre de



Interior de la mezquita de Omar. — De una fotografía sacada por el autor

Kubbet es Sakhra, es decir cúpula de la roca; y en efecto cabe considerarla como una inmensa cúpula que cubre la roca sagrada de que ya hemos hablado.

Este antiguo monumento del islam recuerda por su conjunto el estilo bizantino. Pero como ha sido restaurado y completado por soberanos musulmanes de varias épocas, nos ofrece mues-